

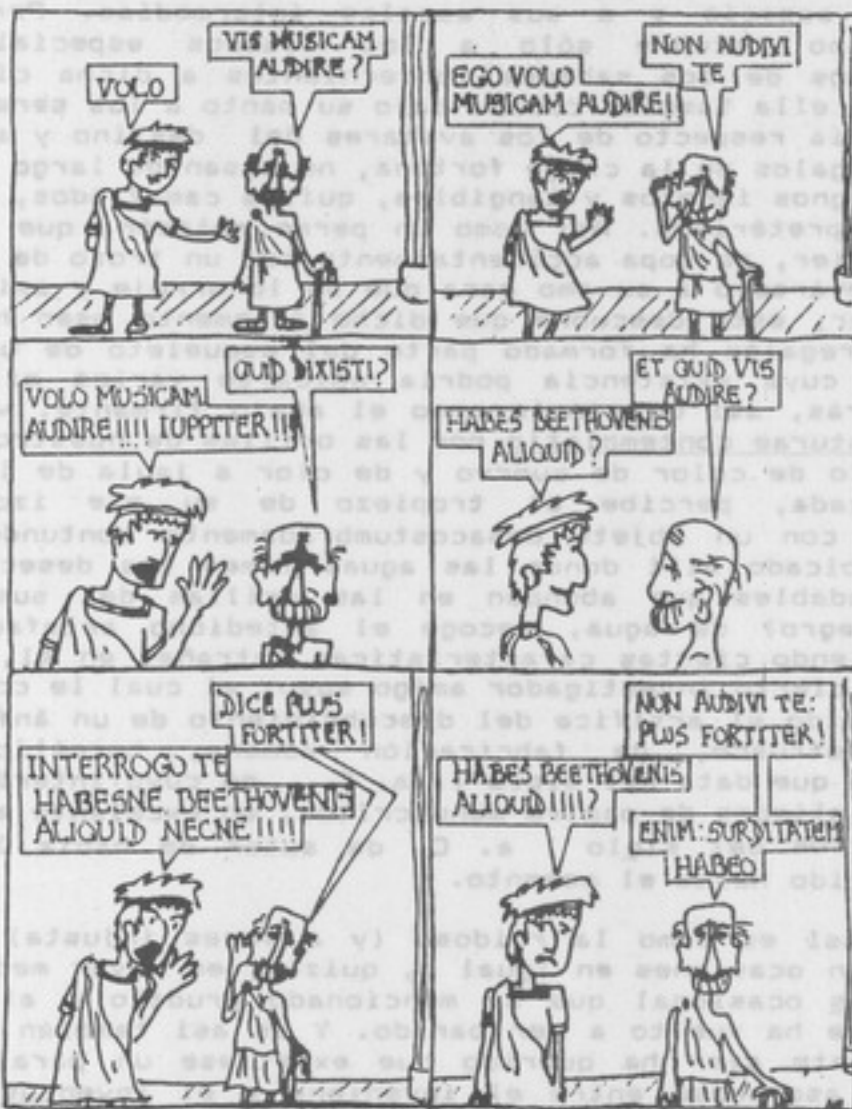
HALLAZGO

¿Qué sería de los historiadores del arte, de los anticuarios bibliófilos, de los nostálgicos coleccionistas sin los hallazgos de la arqueología!? Si bien algunos podrían considerar a ésta como mera ciencia auxiliar, no se podrían rebajar a nimiedades los aportes, ya continuos ya esporádicos, ya casuales ya obstinadamente rastreados, de los socráticos parteros que extraen de la madre tierra sabrosos eslabones que nos permiten recobrar la memoria perdida y remontarnos a los principios, a los orígenes de nuestra especie y a sus escalas intermedias. Pero esa gloria no recubre sólo a los sesudos especialistas, estudiosos de los saberes concernientes a dicha ciencia, sino que ella también cobija bajo su manto a los seres que, en guardia respecto de los avatares del destino y atentos a los regalos de la ciega fortuna, no pasan de largo frente a los signos ignotos y tangibles, quizás camuflados, de los tiempos pretéritos. Así como un perro retozón, que husmea por doquier, se topa accidentalmente con un trozo de fémur, y al llevarse a su amo para que se lo arroje y así poder jugar, éste descubre que dicho fragmento óseo hallado por el regalón ha formado parte del esqueleto de un homo erectus cuya existencia podría ubicarse varios miles de años atrás, así un simple como el abajo firmante, vagando en la Naturae contemplatio por las orillas de nuestro amado Riachuelo de color de cuervo y de olor a jaula de león no higienizada, percibe el tropiezo de su pie izquierdo desnudo con un objeto desacostumbradamente contundente y liso, ubicado allí donde las aguas lamen los desechos no biodegradables que abundan en las orillas del susodicho hilo (negro) de agua, recoge el antedicho artefacto y, reconociendo ciertas características extrañas en él, se lo lleva a cierto investigador amigo suyo, el cual le comunica que ha sido el artífice del descubrimiento de un ánfora de estilo etrusco, de fabricación romana, herméticamente cerrada, que data del siglo II a. C., en cuyo interior hay algunos pliegos de papiro manuscritos, en excelente estado, originarios del siglo I a. C. de autor de habla latina, desconocido hasta el momento.

Y así es como la ruidosa (y a veces injusta) fama premia en ocasiones en igual o, quizás, en mayor medida al inveniens ocasional que al mencionado erudito o al mismo autor que ha vuelto a ser parido. Y es así también que el soprendente azar ha querido que existiese un paralelismo nominal asombroso entre el inveniens y el inventus: éste era llamado a la sazón Paulus Affabilis Polus; sin necesidad de una agudeza extrema se puede ver que el praenomen "Paulus" coincide con el nombre de pila del que suscribe; por otro lado, una de las acepciones que da cualquier diccionario latín-español, español-latín del adjetivo (en este caso nomen del individuo en cuestión) "affabilis" es la de "cortés en el trato", apellido que el

autor de la presente lleva con orgullo y valentia; por último, "Polo" era un apodo utilizadísimo por ciertos ex-amigos del suscribiente para referirse a él.

No puedo terminar sin un último agradecimiento al destino, que me ha deparado, además de la fama aludida, el inmenso y egoísta placer de ser el primero (*¡vanitas vanitatum!*) en hojear y saborear este hasta ahora inédito e ignorado tesoro, consistente en inapreciables piezas, equiparables genéricamente a nuestros (our) "comics" actuales.



Pablo Cortés Gamas
3er. año-LETRAS
T. mañana

P.D. 1: dado que los dibujos de los manuscritos hallados no se conservan en buen estado, se ha optado por su reelaboración, tarea que fue encomendada (con gran acierto) a Luciana Dimenna (3er. año-LETRAS-T. mañana).

P.D. 2: junto a las mencionadas tiras cómicas se encontró una carta de Paulus Affabilis Polus, en la que explica los motivos de su "acto de arrojó". En alguna próxima entrega se publicará dicha carta, una vez haya sido sometida a procedimientos apropiados para hacerla legible en su totalidad.

COMENTARIO SUCINTO

Como en todos los textos que nos han llegado de este autor, se nota en éste el reflejo indudable del latín coloquial de la época (nótese, verbi gratia, el uso de enim, no como conjunción corroboradora, fundamentadora, ampliadora ni explicativa de una afirmación anterior, sino como adverbio afirmativo).

No deja de ser, por otro lado, llamativa (y hasta sospechosa) la mención del tal Beethoven (nombre que, se deduce, se presentaría Beethoven, Beethovenis), sin duda algún cantante o músico bárbaro de la época, homónimo del insigne músico alemán, cuya sordera, al igual que la de éste, sería proverbial.

Esta quizás sea una de las mejores tiras (si no la mejor) de Paulus Affabilis Polus. Como en tantos chascarrillos y bromas, el final (sorpresivo, inesperado, pleno de comicidad) parece haber sido la base sobre la cual se construyó el desarrollo precedente. O sea, como dice Emilio García Gómez de las jarchas romances en su relación con las mohaxajas, sería como una piedra preciosa engarzada en un anillo, el cual le sirve de marco. Pero este efecto final, logrado mediante un juego de palabras (elemento que habría sido uno de los citados por Aristóteles en el segundo libro, perdido, de su Poética, como causa del ridículo de la elocución, según lo atestigua Adso de Melk, al citar el fragmento que, según él, llegó a leer Guillermo de Baskerville), no es el único motivo de la comicidad de la tira, sino que lo es también la extrema tensión que se advierte en su desarrollo.

El gran dinamismo de este comic y la naturalidad ya aludida hacen pensar, casi inequívocamente, que Polus habría tendido a su representación.

P. C. G.